

Reseña / Review

Mark Eisner, *Neruda. El llamado del poeta*. New York: HarperCollins-Español, 2018.
Traducción: Pedro Gómez, Daniel Jándula, Eloida Viegas.

El revisionismo de Eisner

Hernán Loyola

Università di Sássari

Un preludio al tono y al carácter de esta biografía lo ofreció una entrevista que el autor concedió al diario *La Tercera* de Santiago (26.05.2018) antes de la aparición del volumen en librerías chilenas, en la cual anunciaba que su texto intentaría “una lectura más honesta” de un Neruda que a veces se comportó en su vida como un “imbécil” o como un “huevón” (insulto de grueso calibre en la jerga coloquial chilena). La lectura del libro confirma que con esa previa vulgaridad Eisner buscaba ante todo una publicidad impactante, espectacular: provocar un efecto golpeador que atrajera compradores para su producto.

La única novedad interesante que el libro ofrece, a mi entender, son algunos detalles sobre las actividades de Neruda en el ámbito anglosajón, sus contactos y

conversaciones con escritores y otros personajes de las culturas norteamericana y británica. Por ejemplo su encuentro con Ferlinghetti en Cuba 1960 (426-427); o el impacto de “Que despierte el leñador” sobre el poeta Jack Hirschman (376-377); o su nota sobre Alastair Reid, poeta escocés, el traductor al inglés que Neruda prefería (424n); o su relato del primer viaje del poeta—entonces cónsul en México—a Estados Unidos en enero-marzo 1943, y de su exitosa performance con Vicente Lombardo Toledano en una sala de Broadway (discurso y lectura de poemas durante la *Noche de las Américas*, el 14 de febrero); así como las varias páginas (434-438) que dedica al último viaje de Neruda al mismo país en junio 1966, invitado por Arthur Miller a nombre del PEN Club, con ovacionadas lecturas-conferencias en Nueva York (presentado por Archibald MacLeish), en Washington y, ante más de mil personas (incluidos Ferlinghetti y Ginsberg), en la Universidad de California en Berkeley. Y también la asignación oficial del nombre *Neruda* a un género de mariposas sudamericanas, según la carta que en febrero 1973 envió al poeta un especialista de la Universidad Estatal de Nueva York (SUNY) en Stony Brook, conmoviendo y consolando al enfermo terminal (471-472).

Pero en su conjunto esta biografía carece de una orientación o de una perspectiva propia y sólida, de un horizonte organizador. No es el producto de “una lectura más honesta”, ni tampoco original ni profunda, de la vida y obra de Neruda. Es más bien un mosaico, o un zurcido, de puntos de vista con origen diverso, a veces contradictorios entre sí. De modesto nivel como biografía, trata de ser novedosa a fuerza de introducir con frecuencia los argumentos o episodios de moda que ponen en tela de juicio a Neruda, sobre todo en los planos ético y político. A veces con evidente mala fe, como en una absurda nota al pie de página 154 que busca anticipar en un episodio de París 1927 (sin base alguna) la difundida acusación de ‘violador’ que propinan al poeta en relación a la bella tamil de Ceylán 1929 [sobre esto remito al artículo de M. Salinas y notas sucesivas en el número 23-24 de *Nerudiana*]. A diferencia del de Amorós, el relato de Eisner es muy opinante, pero sin un criterio propio y bien establecido, de modo que su mirada pasa del elogio a la—más frecuente—descalificación humana de Neruda, para luego, a veces, rectificar y perdonarle la vida.

Así, en el capítulo ocho, para cabalgar la onda del antinerudismo en boga, adhiere con entusiasmo a la arrogante crítica de la orientalista Roanne Kantor (U. de Texas, Austin), cuya tesis de batalla es negar la existencia real de Josie Bliss basándose en la falta de un *archivo* probador. Eisner la sigue fielmente, señalando la posibilidad de una invención excéntrica: “Josie Bliss puede no haber existido en absoluto, excepto en los escritos de Neruda y [en] algunas anécdotas que contó a sus amigos más tarde. / Tal

vez Neruda inventó su evocador nombre para embellecer su historia...” (163). Pero al final del mismo capítulo Eisner inserta una nota en la cual vacila su fe kantoriana: “sólo podemos especular cuánta verdad hay detrás de los elementos de la historia de Josie Bliss y cuánto es pura fantasía” (168n). Y más adelante el discípulo simplemente olvidará a la maestra de Texas: su relato discurrirá dando por descontado que la amante birmana existió de veras, como cuando describe la instalación de Neruda en la madrileña Casa de las Flores: “Adornó las paredes con máscaras de Siam, Bali, Sumatra, el archipiélago malayo y Bandung... *Tal vez le recordaban a Josie Bliss*” (227).

Oscilaciones del enfoque también se advierten en el registro político. Hay algunos párrafos elogiosos:

Durante sus años en el Senado, Neruda demostró una dualidad en su carácter que ha sido comentada por muchos. No sólo escribió una gran poesía, incluida la poesía política, sino que también demostró ser un político ágil. Era mucho más que una figura de renombre a quien el partido podría exhibir como candidato para obtener un escaño. Encendió la Cámara con una variedad de temas, desde exigir el sufragio femenino—que se consiguió en 1949—hasta los derechos laborales. (323)

Pero en muchos otros pasajes Eisner se refocila aplicando a Neruda y a la causa comunista sólo su personal (y superficial) criterio político: “Pronto, Neruda decidió que necesitaba tener su propia casa con vistas al puerto [de Valparaíso]. *El comunismo quería que su tercera casa fuese más sencilla, más modesta*” (422). Harto pobre la observación, además de falsa.

Más adelante, a propósito de la escritura de *Estravagario*: “Neruda no está predicando. Es un hombre liberado: liberado para amar a Matilde, liberado de su pasado literario, que se está liberando del estalinismo...” (423). Los prejuicios impiden a Eisner advertir que para Neruda eso no fue una liberación, simplemente porque nunca vivió su estalinismo como una esclavitud, y que su crítica y ruptura posteriores las vivió como un nuevo desarrollo, nada fácil, dentro del cual siguió siendo un activo comunista hasta su muerte. Es precisamente esto lo que la derecha nacional e internacional no puede digerir ni perdonarle a Neruda. Tampoco algunos biógrafos y memorialistas.

Constante en el libro es, entonces, la arrogancia crítica con que Eisner juzga la trayectoria política de Neruda, como si el único poseedor de la verdad fuese él. Un último ejemplo: “A lo largo del libro [*Fin de mundo*] Neruda se purga de su lealtad a Stalin, así como de las posturas soviéticas que siguieron... En estos poemas de arrepentimiento podría parecer *que Neruda quisiera ser absuelto con demasiada facilidad*” (448). ¿Absuelto? Eisner no tiene la menor idea de quién fue Neruda, lo que cuenta

para él es subirse al carro del antinerudismo que está de moda.

Esta postura es típica de los críticos *liberals* del vate (de Costa, Santí, Durán, *et al*). La “lógica” del argumento va así: su supuesto alejamiento del estalinismo fue algo que le convenía; en realidad, nunca dejó de ser estalinista (“quisiera ser absuelto con demasiada facilidad”). Se descarta de un solo golpe la compleja y variada historia del marxismo y del comunismo. Ser comunista es ser estalinista, lo declaren así o no los comunistas. Así las cosas, no se puede confiar en Neruda. La crisis de 1956, entonces, para estos críticos es algo que se inventa el poeta para salvarse el pellejo. Y no es, desde luego, lo que creemos: que Neruda vivió en carne propia una crisis política y personal por esas fechas y que lo llevó a reconsiderar y criticar el estalinismo desde las filas del comunismo. En resumidas cuentas, lo que demuestra esta cita—entre otras—es que Eisner tiene poco conocimiento de la historia multifacética del marxismo y del comunismo. Para escribir una biografía sobre Neruda, ¿no debería ser primordial tener ese conocimiento? Asimismo, demuestra qué poco conoce la obra de Neruda, ya que la crítica al estalinismo se lleva a cabo en varios libros después de 1956.

Si tanto celo ‘democrático’ lo hubiese empleado para informarse mejor sobre Neruda y su contexto histórico, para leerlo de veras, y en particular para vigilar a los traductores de su propia biografía, tal vez ésta sería, al menos, confiable—pero no lo es. Hay abundantes descuidos de detalle, a veces cómicos. Por ahí Eisner se refiere con desenvoltura al “buen amigo de Neruda, Juan Emar, alias Pilo” (207), aludiendo a Álvaro ‘Pilo’ Yáñez, alias *Juan Emar* (antes *Jean Emar*, pseudónimo construido sobre la locución francesa *j’en ai marre*), mientras en otro lugar menciona a un inexistente *hijo* (era una hija) de Alicia, el último amor de Pablo (461). El viaje de Neruda y Álvaro Hinojosa desde Rangoon hasta Shangai y Tokio durante los primeros meses de 1928, según Eisner habría comenzado en Saigón retrocediendo luego hasta Bangkok (156) e ignorando así el lógico itinerario marcado por Neruda en sus *Memorias*: “El autobús salía de Penang [Malasia] y debía cruzar la selva y las aldeas de Indochina [hoy Tailandia, Camboya, Vietnam, en ese orden] para llegar a Saigón”.

O bien evoca la Navidad de 1935 que “Neruda, Lorca y su banda celebraron...en el departamento de Delia”, pero líneas más abajo escribe: “El año siguiente no sería tan festivo. Hubo una matanza de mineros en Asturias, una región del noroeste de España” (245), aludiendo así vagamente, y dedicándole apenas una línea, a la revolución de los mineros asturianos en octubre 1934, *no en el “año siguiente”*. Ese trágico octubre tuvo mucha importancia tanto para la crisis de la república española como para el desarrollo poético y político de Neruda, por su conexión con la escritura

de “Estatuto del vino” y de la “Oda a Federico García Lorca”, entre otros poemas de *Residencia 2* (ver cap. 9 de mi libro *El joven Neruda*, 2014).

Pero lo que mejor demuestra la superficialidad y el escaso interés real de Eisner sobre su biografiado son las no pocas citas de Neruda, y de otros poetas como Juan Ramón Jiménez y García Lorca, *re-traducidas al español desde el inglés de la edición original!* Es evidente que el autor no controló como debía—obligatoriamente en este caso—el trabajo de sus traductores. Porque Juan Ramón, como es archisabido, de su entonces enemigo Pablo Neruda dijo que era “un gran mal poeta” y no “*un gran poeta malo*” (Eisner 237), que no suena en absoluto con la misma gracia y que habría provocado la ira del bardo de Moguer. Aún más irritante es la re-traducción casi completa, *desde el inglés*, del discurso de Federico en la Universidad, Madrid 06.12.1934, “quizá la introducción más admirable que Neruda haya recibido a lo largo de su vida” (222): así la anuncia Eisner con involuntaria comicidad, dado el falso texto que inserta a continuación (223). Comparemos sólo algunas líneas del original de Federico con las del prosaico engendro que lo sustituyó en su misma lengua. Y por favor léanlas, ambas versiones, en voz alta para apreciar mejor el desajuste estilístico y rítmico (y de paso los errores).

Re-traduce Eisner (desde el inglés) sin arrugarse:

Están ustedes a punto de escuchar a un auténtico poeta. Uno de esos cuyos sentidos están entrenados para un mundo que no es nuestro y que pocas personas perciben... Les aconsejo que escuchen atentamente a este gran poeta y se dejen tocar a su manera... Y con suerte les ayudará a nutrir ese grano de locura que todos tenemos dentro de nosotros, que muchas personas matan para ponerse el odioso monóculo de la *pedantería de los libreros*. Sería imprudente vivir sin eso. (223)

El original de García Lorca decía:

Y digo que os dispongáis para oír a un auténtico poeta de los que tienen sus sentidos amaestrados en un mundo que no es *el* nuestro y que poca gente percibe... Yo os aconsejo oír con atención a este gran poeta y tratar de conmoveros con él cada uno a su manera... Y ojalá os sirva para nutrir ese grano de locura que todos llevamos dentro, que muchos matan para colocarse el odioso monóculo de la *pedantería libresca*, y sin el cual es imprudente vivir.

Peor aún, si cabe, es lo que hace (o deja hacer) Eisner al re-traducir a Neruda mismo. Después de conceder graciosamente que “a diferencia de muchos de los poemas posteriores de Neruda, [“Alturas de Macchu Picchu”] no es mera propaganda comunista” (312-3), Eisner no se toma siquiera el trabajo de leer el original del poema que recién ha salvado o rescatado de la basura roja, y desde su propio libro re-traduce: “He venido a hablar por medio de sus bocas muertas” y “Vengan a mis venas y a mi

boca” (313), allí donde Neruda había escrito, como bien sabe cualquier buen lector del poema: “Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta” y “Acudid a mis venas y a mi boca” (*Canto general*, II, xii).

En torno al mismo texto, más adelante Eisner escribirá: “El ritmo del poema crecía mientras él [Neruda] golpeaba con fuerza el atril con el puño, mientras pronunciaba *el primer verso* [es el *último* de “Alturas de Macchu Picchu”]: ‘Hablar [es *hablad*] por mis palabras y mi sangre’” (461). Del inicio de *Canto general*, agrego esta perla de Eisner: “Había *cadena*s montañosas con olas dentadas donde el cóndor y la nieve parecían *inmutables*” (371), re-traducción de estos dos versos de Neruda: “fueron las *cordilleras*, en cuya onda raída / el cóndor o la nieve parecían *inmóviles*”; y más abajo sigue citando Eisner: “Como una rosa salvaje / una gota roja cayó en el grosor / y se extinguió una lámpara en la tierra” (371), re-traducción de este original nerudiano: “Pero como una rosa salvaje / cayó una gota roja en la espesura / y se apagó una lámpara de tierra”. Suma y sigue.

¿Y el autor de tales chambonadas se permitió calificar de imbécil y de huevón a Pablo Neruda? Lo cierto es que con esa vulgaridad publicitaria y con sus intermitentes ataques a la imagen del poeta, Eisner sitúa su biografía en el contexto de una corriente crítica, actualmente en boga, que tiende a revisar en dirección negativa, o simplemente a manipular, la vida y obra de Neruda para sorprender y con ello conquistar *audiencia*, partiendo a priori del rechazo a explorar en profundidad y sin prejuicios la variedad de su trayectoria y la riqueza poética de su escritura.